

efecto eran los zambos, con los cuales luchaba Bonpland.

En aquel momento cayó uno de ellos, era el viejo, que arrojaba sangre por una herida, mas el otro seguia luchando de muerte con Bonpland.

La hacha se apagó.

Humboldt avanzó pistola en mano; pero no pudo arriesgar un tiro, porque los dos combatientes se tenian abrazados y cambiaban de posicion á cada momento, de manera que una bala podria haber matado á uno y otro.

Ya se habia acercado á los combatientes, cuando estos se cayeron al suelo; pero en el mismo instante se acercó á ellos una tercera persona..... era el mulato. Humboldt se quiso acercar mas..... pero se le cayó el hacha de las manos en el riachuelo, y se apagó..... Un grito de espanto..... un ruido en el agua..... y todo quedó en silencio.

En el mismo instante vió Humboldt caer delante de sí, una figura humana.

—¡Nunu? exclamó.

—¡Está perdido! dijo una voz de mujer; pero fueron las únicas palabras que pudo articular, porque cayó desmayada.

CAPITULO XVI.

Conato de homicidio.

Habian pasado algunas semanas despues de la visita á la cueva del Guájaro; semanas de gusto y alegría para Bonpland..... porque habia vuelto á encontrar á Nunu, y pudo al fin llamarla suya.

La salvacion de los tres habia sido casi un milagro.

Despues de aquel momento horroroso, en que se apagaban las dos hachas en la cueva, y caian los dos combatientes en el rio, luchando á muerte, miéntras á los piés de Humboldt caía Nunu desmayada..... despues de aquel momento, habia llamado Humboldt á

Bonpland repetidas veces, pero en vano; nada se oía por el ruido del agua y el graznido de los pájaros.

La situación de Humboldt era entonces en extremo crítica.

¿Se había ahogado su amigo y compañero de viaje?
¿O había conseguido salvarse, nadando?

Estos pensamientos se agolparon en la mente de Alejandro, atormentándole; no pensaba en sí mismo, y sin embargo, era su situación sumamente peligrosa.

Aún tenía en sus brazos á Nunu. ¿Qué hacer con ella en la oscuridad en que se hallaba? ¿Cómo volver con los demás, por esa vereda estrecha y llena de estorbos? A cada paso podía caer en el río con su preciosa carga.

¿O debía quedarse quieto, hasta que viniera auxilio?

Pero, ¿quién había de darlo?..... ¿Los monges?..... Ellos no tendrían la menor sospecha de lo que había sucedido, pues aun en el caso de que hubiesen oído el tiro de Bonpland, era de presumirse que le atribuyesen á la intención de matar pájaros. Y si no..... si los monges adivinasen el peligro..... ¿hubieran tenido acaso el valor de auxiliar á los que se encontraban en él?

A cualquiera otro que á Humboldt hubieran llevado á la desesperación estas circunstancias; pero su temperamento reposado y sereno en los peligros, distaba mucho de perder, por un solo momento, la presencia de ánimo.

Pronto había tomado la resolución de volver con los

demás de la caravana, para ver después como auxiliaría á Bonpland.

Llevando debajo del brazo izquierdo á Nunu, y apoyándose con el derecho en las rocas, había emprendido la retirada.

El cuidado por Bonpland, le hacía horas los minutos. Con esto, la completa oscuridad en que se hallaba, el graznido de los guájaros, cuyos ojos brillaban siniestramente en la oscuridad..... bajo tales circunstancias apenas se podía tomarles por mal á los indios, que colocasen allí la morada de los espíritus malignos.

Lo peor para Humboldt era que la carga se le hacía mas y mas pesada..... El cuerpo inanimado de la desmayada, cargaba como un cadáver de gran peso en su brazo. Ya había pensado descansar un poco, y volver él solo con los demás, cuando vió á lo lejos una luz.

—Al fin vienen, exclamó Alejandro respirando, y agotaba sus fuerzas apresurándose á llegar á donde veía el punto luminoso.

Se acercaban, y al fin pudo distinguir la cara amarillenta del mulato.

—¡Amo! ¡amo! exclamaba éste con alegría, al ver á Humboldt.

—¿Dónde está tu amo? fueron las únicas palabras que éste pudo articular.

—¡Amo estar salvado!..... había gritado el criado.

—Alabado sea Dios! había exclamado Humboldt, como uno que se acaba de escapar de la muerte. Luego

habia hecho señas al mulato para que cargara á Nunu en sus brazos, siguiéndole á él con pasos vacilantes.

Al llegar al fin á la catarata, los recibieron con gran júbilo.

Aimé estaba aún sin conocimiento, en los brazos de dos monges, pero ileso y vivo.

¿De qué modo habia escapado de ese peligro inminente?

Cuando los tres combatientes se hallaban dentro del rio, se soltaban mutuamente, por instinto, para salvar la vida, nadando.

La oscuridad servia para separarlos; pero les perjudicaba en sus movimientos, porque no veian las rocas que sobresalian del agua, y se golpeaban las cabezas en ellas á cada momento. La cabeza dura del mulato, podia resistir á estos golpes, pero no la del jóven francés.

—¡Amo, amo! gritó el mulato, ¿dónde estar amo?

—¡Aquí! contestó Bonpland quejándose, porque su cabeza acababa de chocar con una de las estaláctitas que habian caido al rio y sobresalian en él.

—Amo dejar delante mulato, gritaba el criado, y al sonido de la voz se acercaba Bonpland.

Repentinamente dió un grito de dolor.

—¡Socorro! era la única contestacion, porque aturrido de un fuerte golpe, ya iba á caer en el rio, cuando por fortuna se habia acercado el mulato y pudo asir el cuerpo de Bonpland. La cueva ya se ensanchaba, y el rio se hacia menos profundo, por lo que le era fácil al mulato ponerse en pié, con un esfuerzo cargar el cuer-

po de Bonpland en las espaldas, y de este modo salvarle.

Pronto habia llegado el valiente criado hasta la catarata, en donde los monges y los indígenas esperaban con ánsia la vuelta de Humboldt y Bonpland.

Todos se volvieron, como en triunfo, hácia la entrada de la cueva, donde los esperaba una comida espléndida, preparada de antemano por orden de los misioneros, y muy á propósito para recobrar las fuerzas, despues de tantas fatigas, así como su buen humor.

¡Cuán fácil y gustoso olvida el hombre los males padidos, en presencia de lo bueno! Ante una hora de felicidad desaparecen de nuestra memoria semanas de dolor y de pesar!

Nunu fué enviada á un convento de monjas, con el fin de educarse ahí, mientras que Bonpland, en union de Humboldt, volviese de sus viajes del interior de América, para conducirla despues, como su esposa, á Europa.

Humboldt se habia propuesto el siguiente plan de viaje: despues de visitar á Carácas, la sierra de San Pedro y de los Tequis, Victoria y los valles de Aragua, tomar luego el camino de la costa de Puerto-Cabello, y explorar las vastas llanuras del territorio del Orinoco. Cumana habia de ser el punto de salida de la expedicion proyectada.

Era esto una travesía como de mil doscientas leguas, por países casi enteramente desconocidos en aquella época, y rodeados de miles de peligros y dificultades, de manera que otro hombre de ménos energia de carácter

y espíritu de investigación que Humboldt, habría retrocedido ante semejantes obstáculos.

Como era natural, se necesitaban muchos preparativos para una expedición tan larga y penosa, y, además, Humboldt, tuvo que reunir y ordenar, ántes de emprender el viaje, multitud de apuntes relativos á sus observaciones y descubrimientos hechos en sus anteriores excursiones, mientras Bonpland, por su parte, tuvo el trabajo de hacer las descripciones de multitud de plantas, descubiertas por él, y arreglar su «herbarium.»

Pero, aun mas grande fué la tarea científica de Humboldt, al ordenar un sinnúmero de observaciones astronómicas, geológicas, mineralógicas, zoológicas, termométricas y geográficas.

Los preparativos del viaje se habian concluido, y dentro de breves dias iban á emprenderlo. Para despedirse de Nunu; se fueron ántes al convento, en donde la habian puesto para educarse.

—Pero ¡qué cambio se habia verificado en ella por su nuevo traje! El sencillo vestido blanco le venia muy bien, y aun Humboldt la encontró hechicera; pero, ante todo, le habia obligado á profesarle estimación el amor profundo y fiel que abrigaba para con su amigo. Un carácter tan firme y tan decidido como el de Alejandro, gustaba de otros semejantes, y su gran perspicacia le indicaba que Bonpland habia encontrado en Nunu un carácter de esta clase.

Después de haberse despedido de ella, dejó solos á los

dos amantes, esperando á Bonpland en la huerta del convento.

Es de admirar, que el lenguaje mas íntimo del amor, sea igual en todas partes del mundo; en los pueblos mas civilizados de Europa y las tribus salvajes del Nuevo-Mundo; en el polo norte y bajo del Ecuador..... Aquí, como allá, no tiene *palabras*, sino *miradas*..... pero estas miradas hablan demasiado!..... Séres superiores al hombre, tendrían por lenguaje la luz.

Aimé habia atraído hácia sí á Nunu, por medio de miradas ardientes.

Al fin, abrazándola con ternura, la dijo:

—Adios Nunu: dentro de algunos meses nos volveremos á ver.

¶ Pero Nunu le abrazó con mas pasión, como si no hubiera querido dejarle; un profundo dolor se pintaba en sus miradas, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Aimé comprendía lo que pasaba en ella.

—No me reproches, mi dulce bien, que te deje ahora, la dijo con ternura. Emprender estos viajes es el problema de mi vida; una vez cumplidos mis compromisos con mi amigo, y después de haber terminado tu educación bajo el cuidado de las señoras de este convento..... entónces vendré por tí, tú serás mi esposa, y jamás nos volveremos á separar.

Nunu movió tristemente la cabeza.

—¿Cómo, dijo Aimé sorprendido, acaso lo dudas?

—No, no dudo en la palabra y amor del blanco amigo, contestó Nunu con timidez; pero la zambo tiene recelo.

—¿Por qué?

—¡Oh, el viaje tan largo! Tribus salvajes viven en el Orinoco, y bestias feroces en sus bosques.

—No temas nada, amor mio, iremos con cuidado.

—Y entonces.....

—Entonces volveré contigo como un dia «la flecha volante» con «el ojo matutino.»

Nunu se estremeció diciendo:

—¿Para qué este recuerdo del amigo blanco á su Nunu? ¿no sabe acaso lo que sucedió á «la flecha volante?»

—Bien lo sabe; pero no me acecha ningun *halcon de guerra*.

—¿Y el zambo? dijo Nunu.

Bonpland quedó sorprendido. Habia algo de siniestro y aún cierta certidumbre en esta observacion y en el tono con que la expresó, al grado de estremecerse instantáneamente.

—Acaso habrá muerto, dijo al fin Bonpland.

Nunu movió la cabeza.

—Los peces en el río de la cueva del Guájaro, estarán comiendo sus restos.

Nunu volvió á mover la cabeza.

—¿No lo crees?

—A la catarata no llegó ningun cadáver.

—Las rocas pueden haberle detenido en el río.

—¿Estaba muerto el zambo cuando cayó al río?

—No.

—Entonces vive aún, y el blanco amigo debe tener recelo. El zambo es malo y vengativo.

—Pues bien, exclamó Bonpland; no le temo, solo recelo una cosa.

—¿Y qué recela mi amigo.

—Que Nunu no me ame tanto como yo á ella.

—Entonces mi amigo tiene mala memoria, dijo ella con tristeza.

—No, no la tiene, exclamó Bonpland, abrazándola con ternura. Pero, ¿continuará Nunu siéndome fiel en lo sucesivo?

—Lo será siempre, contestó ella; tanto como la luna al sol, como lo fué «el ojo matutino» á «la flecha volante.»

Y abrazó á su amado con el ardor de que solo son capaces los habitantes del Ecuador.

Bonpland no podia desprenderse de ella, porque le faltaba el valor.

Pasó un largo rato sin que profiriesen ambos una sola palabra. Repentinamente se levantó Nunu, imprimió un prolongado beso en los labios de Bonpland y..... desapareció detrás de la puerta del refectorio.

Al dejar Humboldt y Bonpland el convento de Santa María, tomaron el camino por la orilla del golfo, en donde el primero intentó observar el flujo, que en aquella region del mar no pasa de doce á trece pulgadas.

Eran las ocho de la noche y hacia un calor sofocante, porque aún no empezaba la brisa.

La conversacion entre los dos naturalistas se hizo más y más interesante; hablaron entre otras cosas del flujo y reflujo, del viaje proyectado al Orinoco, y del eclipse de sol, que debia tener lugar al siguiente dia, y que Humboldt tenia que observar.

Llegando á la playa solitaria, entre el desembarcadero y los suburbios de Quaiquiris, oyó Alejandro repentinamente un ruido de pasos por detrás. Volteando con violencia, no pudo ménos de prorumpir en un grito de horror, al ver á un hombre alto, de color trigueño, y desnudo hasta la cintura, llevando en su mano una *macana*, (1) con ademan amenazador.

Humboldt le reconoció luego: era el jóven zambo que se habia llevado á Nunu y luchado á muerte con Bonpland en la cueva del Guájaro.

Pero, como ver y reconocer fué casi instantáneo, se puso el zambo, de un brinco, detrás de los dos amigos, levantando su *macana*, con ademan furioso.

—¡Bonpland, el zambol gritó Humboldt, haciéndose á un lado con horror..... pero ya era tarde..... el desgraciado Bonpland habia recibido un terrible golpe en las sienes..... Un grito un vértigo..... y Aimé cayó exánime. (2)

(1) *Macana* es un palo de figura cónica que usan los indios del Sur de América.

(2) Hecho histórico. Viajes etc., tomo 1.º pág. 509.

—¡Bonpland! ¡Bonpland! gritó Humboldt fuera de sí, arrojándose sobre el cuerpo de su amigo, que inundado de sangre, no daba señal alguna de vida.

El conato de homicidio pareció haber tenido éxito..... y haber concluido con una preciosa vida, llena de esperanzas.

Cuando Humboldt, derramando lágrimas de dolor y de indignacion, levantó la vista, habia desaparecido el agresor.

FIN DEL TERCER TOMO, Y DE LA PRIMERA PARTE
DE LA SEGUNDA SECCION.